

Revista Cromos (“La Lengua”)

Abril 2 de 2007

Por Alberto Aguirre

GRAMÁTICA ÍRRITA

¡Así como no es lícito confundir el culo con las témporas, tampoco se puede confundir el lexicón con la gramática. Dijo un diario de provincia, referido al congreso de la lengua: “Ya se puede decir Internet”. Éste sí descubrió el agua tibia. Sucede que en el mundo hispanoparlante, y en todos los mundos, estamos diciendo internet desde que se inventó el artilugio, hace años. Y nos entendemos divino. El hecho de que un congresillo de académicos, sesteando en Medellín, le hubiera dado el visto bueno a esa voz para incorporarla al lexicón de la lengua no le agrega ni pizca de validez. Ese acto académico es írrito. Cuando uno enfrenta simplezas, se ve obligado a acudir a simplismos: las palabras las inventa el pueblo y no la Academia. Inventadas las palabras, la Academia las incorpora al lexicón. Y si no las incorpora, o si se demora décadas, no pasa nada: el pueblo las sigue usando. Y si le apetece, por uno de esos modos raros y subterráneos de formación del lenguaje, formar otra y desechar la anterior, pues así lo hace. Sin pedir permiso. ¿Y la Academia? Mira pa’l páramo.

La Real Academia de la Lengua Española (RAE) fue fundada en medio de pomposas ceremonias reales en 1713, y en esta fecha empezó a registrar palabras. No propiamente a inventarlas. Esto, no lo sabe hacer, ni le toca. Así, cuando empezó la Academia, la lengua castellana ya tenía siete u ocho siglos de existencia. O sea que las palabras existieron mucho antes de existir la Academia. No la necesitaron para nacer; tampoco la necesitan para vivir.

El desvarío sobre presuntas invenciones o permisos nace de aquella confusión entre lexicón y gramática. Lo que vinieron a hacer los académicos a Medellín no fue una Nueva Gramática, que eso no lo pueden hacer, sino a alimentar el lexicón con palabras como internet. Es algo que hace semana a semana, sin aspaviento. Pero meter voces en el lexicón no es reformar la gramática, ni tampoco completarla, pues la gramática es otra cosa: es la estructura de la lengua, y como toda estructura, ha de ser rígida para que perdure.

Es bueno recordar que la formación de las palabras es un proceso social bellísimo, en el cual no se inmiscuye la Academia. El capataz de peones romanos, rastrillando el

campo, les advertía a todo grito: *aperi oculus, aperi oculus*: abran los ojos para que no se vayan a chuzar las plantas de los pies con tantas puntas, púas y espinas que abundan entre las zarzas. De tanto repetir *aperi oculus*, por ese proceso mágico de formación de las palabras, se formó la palabra *abrojos*: *aperi oculos, abran los ojos, abrojos*. Y brota otra palabra: el abrojo más dañino era el trébol, un espino de tres puntas que siempre caía de punta, claro. Los romanos inventaron un castigo para los esclavos: hacerlos caminar por un sendero tapizado de tréboles. De ahí surgió la palabra tribulación. Muchos siglos después la Academia abrió el ojo.

La primera Gramática castellana se publicó en 1492, elaborada por don Antonio de Nebrija, siguiendo el uso, y le dio así estatus de lengua culta al idioma. La RAE publicó una gramática en 1999, basada punto por punto en la de Joaquín Ibarra, de Madrid, 1771. Es que no se requiere estar haciendo gramáticas. La estructura, sólida y bien proporcionada, resiste los tiempos. Y, como se ve, no es misión propia de la Academia elaborar gramáticas. No hay campo. ¿Para qué? La formación del plural de los sustantivos está definida desde aquellos tiempos prístinos, y el género, y el régimen adverbial, y la formación del gerundio, y el régimen de las preposiciones, y la conjugación de los verbos, y el pleonismo, y el predicado.

No sirvió el congresillo ése sino para dar rienda suelta a la hipérbole, a la que es tan propensa la lengua. Dice diario provinciano: “Medellín quedó inmortalizada en la publicación de una Nueva Gramática”. Y, dirigiéndose a los Reyes, dijo el presidente ídem: “Nuestra tierra esperaba esta visita desde el siglo XVIII”.